

Asistimos al descubrimiento de la cultura gitana

Por Juan Pedro QUINONERO

MADRID, 6.

ASISTIMOS al descubrimiento de una cultura subterránea, oculta en el seno de nuestra cultura, proscrita, ignorada, perseguida e insepulta: la cultura gitana. Por primera vez en la historia de nuestra civilización, lo gitano, su folklore, su lengua, su historia, su etnografía, han pasado a considerarse como una cultura nómada que en el seno de las manifestaciones cultas de la historia de nuestro país poseen un rostro propio, genuino, libertario, tachado de modo violento de la historia de nuestras ideas.

Las investigaciones de José Luis Ortiz, Pepe Heredia, Angel Pérez Casas, Ricardo Molina, Manuel Ríos Ruiz, Fernando Quinones, José Manuel Caballero Bonald, Félix Grande, entre otros, recientemente, han puesto en pie un «corpus» literario, histórico, etnográfico, social, folklórico, de riqueza inusitada, que por vez primera es considerado como manifestación de una cultura que necesitamos rescatar. Una editorial, Demófilo, se ha consagrado a la publicación de textos, estudios, trabajos, investigaciones, literatura, si no siempre consagrados a lo gitano, si particularmente relacionados con tales cuestiones, siempre presentes. Varios grupos teatrales, La Cuadra, Teatro Lebrijano, han consagrado sus investigaciones escénicas, con notable éxito, a plantear una revisión histórica, una indagación moral, en torno a la cultura gitana en el seno de la sociedad andaluza.

Artistas como Mario Maya han trabajado en montajes escénicos genuinamente gitanos, como «Camelamos naquelar». Y las ya clásicas antologías discográficas de Perico el del Lunar, Antonio Mairena y Pepe Caballero Bonald, han tenido la virtud de ofrecer un vasto panorama que nos permite otear el gigantismo cultural de las manifestaciones artísticas gitanas.

PERSECUCION DE GITANOS

En la actualidad, el poderío de la Escuela Jerezana de Cante, figuras como don Antonio Mairena, que publicará sus memorias dentro de unos días, Caracol, Pastora Pavón, el guitarrista Melchor de Marchena, entre muchos otros, nos hablan de modo bien elocuente del estado actual de la música y el cante gitanos, que a partir de los romances frontezos se confundió notablemente, y de modo casi inextricable, con el ritmo y el arte que conocemos por flamenco, que no es siempre gitano, como lo gitano no es siempre flamenco. Recientes producciones discográficas nos proponen una revisión de estos procesos culturales, todavía imprecisos, perdidos sus rastros en el páramo de la ausencia de estudios competentes.

«A duras penas» (play), de Carlos Cano, busca el tono de voz de una lírica genuinamente andaluza. «Cauces del flamenco» (Ariola), de Manuel Soto «Sordera», es un torrente de fragancia gitana. «Cante flamenco actual» (Ariola), en el que intervienen Manuel Agujetas, Diego Clavel, Manuel Gerena, Manuel Soto «Sordera», El Turronero, que ofrece la oportunidad de comparar vibraciones puramente gitanas con otras genuinamente flamencas (y no gitanas). Por último, el poeta Félix Grande y El Lebrijano, en «Persecución» (Philips), nos proponen una síntesis apasionada y ejemplar en este proceso de recuperación: presentan un análisis teórico-lírico de la cultura gitana en el seno de nuestra historia, identificando siempre (al menos tal es la impresión que produce en el

oyente) el fenómeno cultural «flamenco» con la cultura gitana. Quizá sea la primera vez que desde una perspectiva puramente creadora se proyecte un análisis tan vasto, difícil y forzosamente ambiguo.

El debate que abre «Persecución» es doble: planteamiento frontal, directo, de la existencia de una cultura gitana proscrita y perseguida de modo inquisitorial a partir del siglo XV. Luego, otro análisis que quizá reclame un estudio muy delicado y sutil, desde luego todavía inexistente en

occidentales han fundado y hecho posibles nuevas culturas, ni puramente indígenas ni puramente occidentales (y el antropólogo José María Arguedas estudió tales procesos con una finura intelectual inolvidable), la cultura gitana, en nuestro país, a través del flamenco, se ramifica, prolifera y fecunda en nuevas manifestaciones culturales con vida y tradición propias. Cantaores como Pepe el de la Matrona, por ejemplo, y toda la tradición de los cafés cantantes, difícilmente podrán aceptar pertenecer íntegramente a la cultura gitana. Lo cual no impide que el ritmo y el cante flamenco sea sin duda la manifestación cultural donde lo gitano escala las cumbres más sublimes de su tradición.

FALTA INVESTIGACION ANTROPOLOGICA

Así como los estudios de flamencología han alcanzado una



Etnia y cultura gitana: del folklore al reconocimiento histórico

su exacta dimensión: el hecho (para mí evidente) de que algunas de las grandes manifestaciones gitanas viven al margen de las manifestaciones flamencas, y al mismo tiempo, la evidencia de que las corrientes flamencas no gitanas (Pepe el de la Matrona, Marchena, Silverio, Chacón) han sido históricamente decisivas (introducción del flamenco en el café cantante y al gran público).

Paco de Lucía, que ha revolucionado la guitarra flamenca, no es gitano. Otro tanto ocurre con otro gran maestro, Manolo Sanlúcar. Sin embargo, sería difícil, arduo al menos, discernir dónde empieza el flamenco de «Almoraima» (Philips), la última obra de Paco, y dónde acaban las tradiciones genuinamente gitanas, que se confunden en esa reconstrucción mitológica de una Algeciras que tanto tiene que ver con algunos poetas árabes de la decadencia, la fragancia de algunos poetas condenados al destierro.

Quizá Félix Grande y El Lebrijano, en lo admirable de su trabajo, hayan desperdiciado la oportunidad de plantear tales interrogantes en sus orígenes más o menos exactos, lo cual requerirá, si acaso es posible, una investigación lingüística y sociológica muy precisa. Así como en las culturas indígenas americanas los elementos puramente autóctonos y las incorporaciones oc-

notable envergadura, y son cada día más numerosos los estudios de sociología histórica de la cultura gitana, considerada como manifestación social autónoma, falta todavía una investigación puramente antropológica y etnográfica que nos defina, con cierto rigor científico, los rasgos más genuinos de esta cultura subterránea. Necesitamos estudios de campo, trabajos puramente etnográficos. Intelectuales, literarios, folkloristas, siempre, todavía, desde un punto de vista no gitano (nos falta un Arguedas que estudie la cultura gitana desde dentro) han abierto el proceso histórico del rescate de la cultura gitana. Edición de textos, canciones, música, folklore, ha sido un primer paso decisivo. Asistimos al planteamiento de la alternativa histórica: el momento en que lo gitano, después de un siglo de antropología comparada, se nos aparece con el rostro lívido de una cultura nómada que habíamos desconocido como tal y hoy necesitamos recuperar, para conocer con más exactitud nuestro propio rostro, para descubrir las fisonomías ocultas e inolvidables de un cuerpo que forma parte de nuestro cuerpo, pero que desde el siglo XV amputamos de modo sangriento de nuestra carne, sin advertir que así algo de nosotros quedaba condenado y proscrito, condenado al exilio.